

LENGUA Y SER DE LA HISPANIDAD (*)

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

“Saltando en tierra el Almirante y todos, hincan las rodillas; muchos derramando lágrimas, dan gracias inmensas al Todopoderoso Dios y Señor, que los había traído a salvamento, y que ya les mostraba alguno del fruto que, tanto y en tan insólita y prolija peregrinación, con tanto sudor y trabajo y temores habían deseado.” Estas concisas y aurorales palabras de fray Bartolomé de las Casas nos recuerdan los dos magnos sucesos que hoy hace años acaecieron en la ribera de una isilla americana: un nuevo continente empezaba a ofrecer a la Humanidad el apenas sospechado fruto de su presencia; unos cuantos hombres, hincadas las rodillas, emplean su lengua castellana, andaluza, para decir su gratitud a Dios, que les ha concedido el privilegio de realizar “la mayor cosa después de la criación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió”, como reza la sentencia insuperable de López de Gómara. La fe cristiana y la lengua de Castilla comienzan a sustentar y a informar desde ese día el fruto histórico del continente americano.

Os invito a meditar conmigo acerca de la acción informadora, configuradora, que el idioma castellano ha ejercido sobre el mensaje espiritual de América; mas no para divertirnos de nuestros afanes cotidianos cortando flores en las selvas y los prados de la erudición lingüística, que a tanto no llegan mi ciencia y mi ingenio, sino para indagar menesterosamente si el habla que Colón y los suyos llevaron al Nuevo Mundo, y las vicisitudes por ella sufridas, pueden arrojar alguna luz sobre el destino terrenal de quienes ahora la usamos. Si yo poseyese saber y garbo suficientes, os deleitaría contándoos de qué modo penetraron en el decir de los castellanos, como un zumo caliente e incitador, las palabras indias con que los primerísimos criollos nombraban aquella nunca vista realidad: la “canoa”, la “piragua”, la “hamaca” y el “huracán” de Centroamérica; el “chocolate”, la “jícara”, la “petaca” y el “to-

(*) Discurso leído en la Fiesta de la Hispanidad, celebrada en Barcelona el 12 de octubre de 1955.

mate" del Imperio azteca; la "pampa", el "cóndor", la "coca" y la "quina" de las tierras incaicas. O, en sentido inverso, cómo los aborígenes dieron sus primeros pasos en la historia de Occidente, llamando *Castilan, Castilan*, a los hombres que venían desde las regiones donde el sol nace: "Señalaron con la mano que si veníamos de hacia donde sale el sol, y decían *Castilan, Castilan*", escribe el puntual Bernal Díaz del Castillo, narrando su desembarco en el Yucatán. Pero ni a eso llego, ni eso, me basta; porque no es mi propósito mostrar los pormenores del trueque verbal entre España e Hispanoamérica, sino examinar lo que ese trueque significa en la constitución anímica y en el estilo vital de quienes lo han hecho, de quienes venimos haciéndolo.

Una lengua es, en efecto, mucho más que un instrumento para el intercambio de ideas, experiencias y deseos, como son los códigos de señales que las necesidades de una convivencia tecnificada obligan a inventar; una lengua es, ante todo, un hábito de la entera existencia del hombre, una sutil impronta que nutre y conforma la mente y la vida de quien como suya la habla. Pensad, por ejemplo, en una expresión trivial: "hace buen tiempo". Para decir que el estado del tiempo climático es agradable, el hispano recurre a un vocablo de evidente linaje ético: "bueno, bueno". Otros pueblos, en cambio, emplearán un término de significación estética, el equivalente a nuestro "bello" o a nuestro "hermoso". Sí; también los hispanos decimos a veces del tiempo que es "bello", "hermoso" o "lindo"; pero el uso de tales adjetivos es en este caso algo muy próximo al cultismo, algo levemente forzado y teatral. El habla llana y espontánea preferirá siempre la vertiente ética del agrado a su vertiente estética, y dirá: "hace buen tiempo". Y quien desde la leche materna se forma en el hábito de llamar "buena" a la temperatura que le complace, ¿no acabará adquiriendo un peculiar y bien matizado modo de ser? Cuando su espíritu llegue a la plena lucidez, ¿no pensará y dirá, como Don Quijote decía a Sancho, que es cosa de villanos el regirse por la máxima de "¡Viva quien vence!"? Así podríamos ir interpretando la distancia semántica entre el "ser" y el "estar", el empleo indistinto del verbo "esperar" para nombrar el ejercicio de la expectación y el de la esperanza, y tantas otras sutilezas o deficiencias de nuestro idioma.

"Nuestro idioma", he dicho. Pero ¿hay, en verdad, un idioma al que los españoles y los americanos podamos llamar "nuestro"? Las gentes castellanas de Burgos y Segovia que lean ciertas estrofas de Hilario Ascasubi, de José Hernández, de César Vallejo, o

caten ciertos párrafos de *Doña Bárbara* o de *Canaima*, ¿dejarán de sentir, allá en los senos del alma donde el idioma germina, una oscura impresión de extrañeza? La lectura de la antillana *Canción para ser llorada*, de Luis Palés Matos:

—Cuba, ñáñigo y bachata,
Haití, vodú y calabaza.
Puerto Rico, burundaga
Martinica y Guadalupe
me van poniendo la casa—,

¿no nos introduce, por ventura, en un mundo lingüístico ajeno, dulzón, soñoliento, donde el claro y bien aristado castellano se trueca, el poeta nos lo dice, en un “patuá de melaza”? La cuestión se reitera, ineludible: en estas calendas del siglo xx, ¿hay todavía un idioma al que los españoles y los americanos podamos llamar “nuestro”?

Esa interrogación no hubiera sido posible en el México del siglo xvi,

*donde se habla el español lenguaje
más puro y con mayor cortesanía,*

según el requereado dictamen de Bernardo de Balbuena; ni en las cortes virreinales del siglo xvii, a cuya placiente sombra lopizaba la limeña “Amarilis” y gongorizaba la mexicana sor Juana Inés de la Cruz; ni siquiera entre los criollos, que en el filo de los siglos xviii y xix daban expresión verbal al naciente sentimiento de rebeldía contra la metrópoli. Es fama que con la *Oda al Paraná*, del argentino Manuel José de Lahardén, se inicia el americanismo literario; pero, descontada la singularidad que su contenido le otorga, su lenguaje no difiere una línea del que por entonces destilaba, cabe el Manzanares, el alambique poético de Quintana y Juan Nicasio Gallego. Sobre la inevitable diversidad del habla popular—en el trópico y en la Pampa, mas también en Tierra de Campos y en el Aljarafe—, un común idioma literario unifica el decir noble de filipinos, hispanoamericanos y españoles.

¿Seguirá ocurriendo lo mismo cuando, tras la emancipación, sientan los pueblos de Hispanoamérica el urgente, el bien explicable deseo de afirmar su propia personalidad? No faltaron esfuerzos individuales para extender al lenguaje esa recia voluntad de autoafirmación. Con su vehemencia romántica, con su ansia febril “de hacerlo todo de nuevo, y todo sin España”—de Luis Alberto Sánchez es la frase—, Sarmiento proyecta una ortografía adecuada

a la fonética suramericana, apela con frecuencia al neologismo galicista, y en el fondo de sus recuerdos de niño campesino busca los giros y los vocablos que mejor declaren la oriundez andina y pampeana. González Prada, por su parte, lanza en el Perú su grito contra la tradición léxica y gramatical:

*Muera el lenguaje vetusto del clásico,
guerra al inútil purismo académico.*

Pero el argentino Sarmiento, y el peruano González Prada, y el ecuatoriano Juan Montalvo, y el cubano José Martí—menos rebeldes contra España de lo que ellos mismos pensaron—, ¿qué hicieron, a la postre, sino enriquecer, agilizar y vigorizar con savias nuevas el cuerpo insenscible del idioma común? Leamos hoy, en Castilla, un par de fragmentos del *Facundo*: “El terror estaba ya en la atmósfera, y aunque el trueno no había estallado aún, todos veían la nube negra y torva que venía cubriendo el cielo dos años hacía” ... “¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de tu noble pueblo! Tú posees el secreto, ¡revélanoslo! Diez años después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: ¡No, no ha muerto! ¡Vive aún! ¡Vendrá!” Oigamos luego, por añadidura, la lista de los neologismos y localismos por Sarmiento usados: “civilizable”, “simoniacuismo”, “europeificación”, “despotizar”, “batear”, “noramala”, “ciénagos”... No hay, no puede haber duda: el rebelde contra Castilla acaba siendo brioso galán de su idioma. Desde la altura de 1955, ¿se permitirá a este hablador y amante del castellano el proclamar su gratitud a los hombres de América que, como los nombrados, han dilatado las lindes del común lenguaje, y a aquellos otros que, fresca aún la sangre de Junín, Ayacucho y Boyacá, ordenaron con no extinguido acierto el bien hablar de la metrópoli vencida: Andrés Bello, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Rufino José Cuervo, Marcos Fidel Suárez?

Pero la historia de España e Hispanoamérica no se acaba en el siglo XIX; y lo que no aconteció mientras se afianzaba la independencia de los pueblos iberoamericanos, tal vez pueda ser realidad en nuestro siglo, cuando esos pueblos van alcanzando su plena mayoría de edad. Así lo piensan algunos. Los hombres de Iberoamérica—o de Indoamérica, por usar el reciente y bien significativo

neologismo—se hallarían en vías de crear una cultura inédita, sólo accidental e indirectamente conexas con la hispánica, y fundada sobre la primaria actitud humana y las intuiciones básicas de la realidad, que imponen, sumándose, una determinada peculiaridad racial y la singularidad ingente del medio geográfico americano, suelo sobre que se apoya la existencia y paisaje en que halla horizonte la mira; y esa cultura, incipiente ya, requeriría con urgencia la forja de un lenguaje cada vez más distante del castellano legado por españoles y criollos. Las primeras epopeyas de la vida americana autóctona—el *Santos Vega*, de Ascasubi; el *Martín Fierro*, de José Hernández—contendrían las primicias psicológicas y lingüísticas de ese nuevo modo de ser hombre; bajo su indumento parnasiano, parisiense y clásico, el modernismo de Rubén Darío, Santos Chocano, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia y José Enrique Rodó llevaría en sus senos, como impulso animador, una vena del recién nacido aliento; el cual, prosiguiendo su andadura histórica, se habría hecho luego figuración plástica en el arte de Rivera y Orozco, y penetradora palabra en el verso de César Vallejo, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, y en la prosa de José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y Jorge Icaza.

Por las razones que diré, no puedo estar de acuerdo con ese estrecho modo de interpretar la historia más reciente del espíritu hispanoamericano. Pero, dejando aparte cualquier interpretación, algo muy real late en cuanto acabo de exponer. Cuando menos, dos importantes sucesos, tocante uno al orden de las actitudes y pertinente el otro al orden de las expresiones. Cualquier mirada discretamente sensible a la mudanza histórica, por fuerza ha de percibir en la Hispanoamérica de nuestro siglo una creciente entrega a la autocomprensión, al autoanálisis, a la preocupación por la autenticidad propia. No satisfacen ya las orientaciones y los esquemas ideológicos heredados de los próceres de la emancipación, y las mejores almas se preguntan con visible morosidad: “¿Qué somos, en nuestra realidad más genuina? ¿Cuál puede, cuál debe ser en la Historia nuestro camino?” Igual que en la Europa del siglo XVII, cuando Descartes se interrogaba a sí mismo por la senda de su destino intelectual—*Quod vitae sectabor iter?*—, todo hace suponer que en la vida de Hispanoamérica, desde California hasta la Antártida, se está gestando una etapa histórica nueva.

En el orden de las expresiones, por otra parte, resultan sobremanera evidentes un auge y un cambio de sentido en la americanización del lenguaje literario, ya iniciada durante la segunda mitad

del siglo XIX. Hasta los años de nuestro siglo, el autor se limitaba a incluir voces y giros locales en el curso de su decir. No acontece ahora así. Desde hace varios decenios, el escritor hispanoamericano suele emplear la palabra vernácula con una grave preocupación por lo que ella es y representa en la realidad viviente de quien habitualmente la usa. Más que a la mera "inclusión" del americanismo en el habla literaria, se aspira ahora a su "epifanía" en el alma del lector, para que difunda en ella su sentido más radical. Compárese, por ejemplo, la presencia de la naturaleza americana en las fábulas de Rafael García Goyena, un poeta ecuatoriano—y guatemalteco—del primer cuarto del siglo XIX, y en los poemas de su compatriota Miguel Ángel León, muerto no hace mucho. En aquéllas, el clote, el zopilote o gallinazo y el otelote viven, al servicio de una intención ingenua y tópicamente moralizadora, junto a los animales y las plantas que pueblan el repertorio tradicional de Esopo, Fedro, La Fontaine, Iriarte y Samaniego. ¡Ranas áticas del Iliso, ranas latinas del Tíber, ranas gálicas del Sena, ranas ibéricas del Manzanares, ranas americanas del Guayas y del Motagua, todas cantando—croando, si queréis—los motivos éticos y estéticos de una misma cultura! Leamos, en cambio, esta estrofa de León:

*Canta, mirlo negro; di tu "de profundis", torcaza,
río que vienes gritando desde arriba,
llora mi dolor y el dolor de esta raza...*

¿No se advierte una intención nueva, terebrante, en esta aparición poética del mirlo negro y la torcaza que vuelan sobre las tierras altas del Ecuador? ¿Qué expresan una y otra sino el propósito de ofrecer al lector una intuición profunda de lo que en sí mismas sean la realidad natural y la realidad histórica de la fina patria ecuatoriana?

Más para entender plenamente esta última vicisitud del espíritu hispanoamericano, veamos lo que ha ocurrido en la intimidad de España, desde los años postreros del siglo XIX. Pensemos en la "situación de 1898", y resolvámonos a consumir unos minutos indagando lo que ella significa en nuestra historia. En 1898, España queda sola consigo misma. Ni siquiera siente en su seno el rescoldo de aquella hoguera apasionante y trágica que la hizo consumirse desde 1808 hasta 1875. Siente no más que su propia soledad, su triste y vencida soledad, y en ella y desde ella se apresta a iniciar vida nueva: una vida más sobria, más acendrada, más concedora de su propia realidad, más atendida a sus verdaderas posibilidades.

La autovisión, el autoconocimiento, la autocrítica fueron, entre nosotros, deber amargo y apremiante. “¿Adónde iremos, qué haremos, después de haber quedado en soledad?” En todas las almas sensibles de España surgieron esas interrogaciones. Costa y Menéndez Pelayo, Cajal y Macías Picavea, Unamuno y Maeztu, Galdós y Maurra, *Azorín* y Fernández Villaverde, Polavieja y Maragall, cada uno a su modo, todos percibieron en su ánimo el advenimiento y el mandato de la nueva situación histórica de la patria.

Tal inquietud por la realidad de España se expresó de muy diversas maneras; y, por supuesto, en el lenguaje. Nuestro castellano se hizo más escueto y sencillo, más directo, menos retórico y grandilocuente, más enraizado en el decir del pueblo. Unamuno concede epifanía literaria a las palabras y los giros del habla rústica de Salamanca: brezar, cogolmar, entoñar, enfusar, remejer, retuso, verbenear. Con *Azorín* cobran nueva actualidad los términos de la más vieja y tradicional artesanía y tantos otros más, de progeñe campesina y urbana. Valle-Inclán, por su parte, levanta hasta el nivel de su prosa los suaves decires de Galicia y los ásperos de una América entre real e inventada. Vicente Medina y Gabriel y Galán llevan a sus versos el idioma vernáculo de Cáceres y Murcia. Y todo ello grave y esencialmente, no con intención de repetir el fácil y superficial pintoresquismo de los costumbristas del siglo XIX. El localismo idiomático ha pasado de ser pintoresco a ser esencial. Ya no es decoración ni taracea, sino mirador hacia la esencia misma de una realidad humana.

La semejanza entre lo acaecido en Hispanoamérica y lo sucedido en España es por todo extremo evidente. Aquí y allá, cabe el Pirineo y junto al Ande, análisis apasionado del alma propia y enraizamiento local del idioma literario. En definitiva, enriquecimiento del alma y el idioma comunes, hispánicos, porque—esto es lo importante, esto es lo decisivo—nuestras experiencias son y no pueden dejar de ser intercambiables. Todo lo que haga Hispanoamérica, incluso aquello por lo cual parece apartarse de España, enriquece al español que de veras lo convive; todo lo que España haga, hasta cuando más parezca meterse en sí misma, aumenta el haber espiritual del hispanoamericano que por sí mismo lo compadezca. Y ello, por obra de los profundos hábitos que un idioma común, por encima y por debajo de sus mil y una diferencias locales, ha impreso en el ser mismo de cuantos lo hablan y paladean como suyo: ese idioma medular, y esa última sensibilidad por él creada, en cuya

virtud un poema gauchesco puede ser plenamente eficaz en Castilla y conmovier en la Pampa un cantar extremeño o murciano.

De mí sé decir que hasta el contacto personal con el más agrio indigenismo ha ensanchado y ahondado mi alma de español. Mas para no traer aquí ejemplos acres, os contaré como prueba una de las experiencias que más profunda y delicadamente han penetrado en la raíz de mi existencia hispánica. Fué en Quito, con ocasión de una asamblea iberoamericana. Ibamos hacia la línea equinoccial, en excursión festiva; y al llegar al pueblo de San Antonio de Pichincha, el vocero de la comunidad india, vestido con el poncho dominiguero, nos recibió a los españoles con esta inolvidable salutación: “¿Te acurdais, amu de la Mama-tierra Ispaña, del otro lado de la cocha, cuando hezú de vener el patrún Crestóbal Colón, hace timpus? Le hecimos de ver lo que llegó con rupa de fierru, cun caballo asustador y cun palo que mandaba truenos. Nusutrus, endius de Amérecia, iscundimos de sosto y de era, abrazandu nuestra tierra para qui nu quete del todo. Pero aura, patrún de la Mama-tierra Ispaña, cuando vos hacis de vener, crozando la cocha grande, ya no venís con la rupa de fierru, senu con el shungu-curazón de hirmanu; ya nu te trais el palo del trueno, senu la mano del amigo; ya no el caballo del sosto, senu el ricadu del alma y el abrazu senciero. ¡Dius sulu pay!... Y cuando vos venís, patrún de la Mama-tierra, nusutrus los endius ya no asostamus, senu qui abrazamus; ya no tenimus miedu, senu que envetamus a nuestra alma. La croz y el lebru de la letra y la cuenta que llegó con el amu Colón ha hecho que endiu de aura seya idocadu y hirmanu. Aura ya, patrún, el endiu de aquí y los amus de allá hacimus un mesu shungu-curazón.” Bajo esa letra tosca y mestiza, como la corteza de un fruto tropical, ¡qué bella, qué delicada, qué emocionante pulpa humana e histórica! Ese indio, que luego iba a declararse compadre de Cuautemoc, de Caupolicán, de Túpac-Amaru y de “taita” Atahualpa, justificaba con su presencia y su palabra la obra de España en América: las armas aceradas de la conquista, y luego la cruz, el libro de la letra y la cuenta, su ofrecimiento de un renovado abrazo fraterno. Os aseguro, amigos, que no hubo allí ojo español al que no llegase, desde su mismo fondo, una dulce y entrañada niebla.

Vengamos, sin embargo, a lo que más importa. A través del común idioma, contemplemos sinópticamente los principales resultados del acucioso autoanálisis a que nuestros pueblos vienen sometándose desde hace tres cuartos de siglo; y salvado aquello que nos distingue, porque no son iguales el porteño bonaerense y el

llanero de Colombia, ni el hombre de Cataluña y el habitante del altiplano, preguntémosnos: ¿Es posible decir de nosotros algo que a todos convenga? Cualesquiera que sean el color de nuestra piel y el paralelo de nuestra latitud, ¿qué somos cuantos nos entendemos en la lengua de Castilla? A mi juicio, todo lo que sigue:

1.º Al asomarse a la altura histórica del siglo xx, todos nuestros pueblos han sentido en sí mismos aliento suficiente para decir palabras de validez universal, palabras capaces de enriquecer el alma de cualquier habitante del planeta. Recordad la ciencia de Cajal y Houssay, de Río-Hortega y Clemente Estable, de Menéndez Pelayo y Rufino José Cuervo; la teología de los Padres Marín Sola, Arintero y Ramírez; las profundas intuiciones poéticas de la realidad alcanzadas por nuestros vates: los españoles Verdagner, Unamuno, Machado y Juan Ramón Jiménez, los hispanoamericanos comprendidos entre Rubén Darío y Gabriela Mistral; contemplad la obra intelectual de nuestros pensadores y ensayistas: aquí, Unamuno, Ortega, d'Ors y Zubiri; allá, Rodó, Vasconcelos, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Todo ello, ¿no puede, no debe ser pábulo espiritual, allá donde el espíritu del hombre sea cultivado?

2.º Alumbrando un pensamiento y un sentimiento de validez universal, nuestros hombres han sabido asumir en ellos los valores más propios y peculiares de los pueblos a que su sangre y su costumbre pertenecen. Castilla y los Llanos del Orinoco, la sombra del Montseny y la sombra del Aconcagua están de algún modo presentes en tantas y tantas páginas de los hombres que acabo de nombrar, y no sólo en las dictadas por el numen poético. Bajo la apariencia cincelada y serena, como de fuste corintio, de la prosa de Rodó—valga este único ejemplo—, ¿no se advierte, a veces, la honda intuición del espacio que late en el alma del gaucho pampeano?

3.º Enunciando ideas de alcance planetario y asumiendo en ellas los latidos más íntimos de su vida propia, nuestros hombres y nuestros pueblos han advertido, de modo a la vez espontáneo y reflexivo, necesario y deliberado, su pertenencia a un círculo histórico y cultural bien preciso, a una cultura situada entre lo universal y lo particular, entre el orbe y el campanario. ¿Cuál es ese círculo, cuál esa cultura?

La cuestión, grave y delicada, exige de nosotros autenticidad y lucidez. Tratémosla, pues, con amor y con rigor. ¿A qué mundo histórico, a qué “cultura regional”—para decirlo con el tecnicismo de las asambleas internacionales—pertenecemos los hombres que hablamos esta lengua caudal, una y diversa? Una primera respuesta

se impone en nuestro labio: todos nosotros, tagalos de Manila, mestizos de México y el Perú, estancieros de Buenos Aires, payeses de Ampurdán o labrantines de Tordesillas, somos parte de ese mundo que hemos dado en llamar "cultura occidental", "Occidente". El pensamiento griego, la ley romana, la fe del Cristianismo y el injerto que sobre ese noble tronco han ido poniendo luego la sangre y la cultura locales de mil pueblos distintos—iberos, escitas, celtas y semitas en la Antigüedad, germanos en la Edad Media, indios, tagalos y negros en los siglos modernos—son, creo, los principales ingredientes sucesivos del mundo "occidental".

Mas nadie caerá en la miope ingenuidad de pensar que la "cultura occidental" es uniforme. Hay en ella diversidad de lenguas, de costumbres, de tendencias, de intereses. Dos enormes regiones geográficas e históricas se destacan en su ámbito, a la primera mirada: Europa y América. Europa con su maravillosa, peligrosa diversidad—Italia la bella, España la grave, Francia la gentil, Alemania la mediatubunda, Inglaterra la industriosa, Polonia la siempre mártir...—y con la unidad a que la geografía y la cultura la obligan, por debajo de pactos y discordias. América, más diversa aún—decidme en qué se parecen las tierras de Alaska y las del Chaco—y, no obstante, cada vez más deseosa y afirmadora de su unidad. Europa nos vincula a los españoles, querámoslo o no; América—Panamérica—os reúne y obliga a vosotros, los hombres que habitáis entre Tejas y la Tierra de Fuego. Aunque Europa y América se necesiten complementariamente, ¿podrá negar este hecho quien aspire a vivir en la verdad, y no a soñar en la utopía? ¿Lo negarían, si hoy viviesen, Cristóbal Colón, Hernando de Soto y fray Junípero Serra?

Sí, eso es cierto. Pero también es cierto que un inglés se entiende mucho mejor con un californiano que con un chipriota, y que un español está mucho más cerca de un limeño o de un bonaerense que de un danés, pese a lo que parezcan decir las cartas geográficas. Con otras palabras: junto a las regiones culturales "en meridiano"—Europa, América—existen, con realidad más patente aún, las regiones culturales "en paralelo", de las cuales tres parecen afirmarse con vigor y ambición crecientes: la Sajonidad, la Hispanidad y la Lusitanidad. Un inglés es a la vez europeo y sajón, como un hombre de Boston es sajón y americano, y como el español es por igual europeo e hispánico, y el hombre de Bogotá hispánico y americano. La voz humana de Shakespeare, Cervantes y Camoens, ¿no es, acaso,

más fuerte que la voz cósmica del mar, para quienes creemos en la primacía del verbo?

Todo lo cual me lleva como de la mano al empeño de indicar sucintamente, con la retórica de la precisión y no con la retórica de la evasión, las notas esenciales que distinguen a la cultura regional que llamamos "Hispanidad". Dejad que este profesor emocionado rinda así su homenaje a quienes hicieron posible la fiesta del 12 de octubre. Tres son, a mi entender, los ingredientes constitutivos de la cultura hispánica.

El primero, la lengua, nuestra lengua castellana, recia y una en su esqueleto léxico y sintáctico, vigorosa o delicada en la musculatura de su frase, flexible y diversa en la piel de sus términos y giros locales. Una lengua, en suma, común y varia, del color del marfil o del color del bronce, de consistencia marmórea o carnosa, de olor a mirto o a canela; una lengua para la cual sea antes gala que pesadumbre el bilingüismo de alguna de sus tierras. En esta de Cataluña que hoy nos sustenta, donde el castellano alcanza las matizadas cimas a que le han llevado el verso de Eduardo Marquina y la prosa de Eugenio d'Ors, Lorenzo Riber y José Plá, para nombrar sólo unos pocos, ¿cómo olvidar las palabras amorosas, exigentes y doloridas de un Maragall, en sus todavía actuales *Tres cants de guerra*:

*Escolta, Espanya, — la veu d'un fill
que et parla en llengua — no castellana...?*

Viene luego—mejor sería decir: viene a la vez—nuestra común idea del hombre: la resuelta afirmación de la entidad indestructible e inalienable de la persona individual, del "cada uno", frente a todas las modernas tentativas de su disolución a favor de ideas y técnicas abstractas, despersonalizadoras, y con la ética dimanante de ver en ese cada uno "nada menos que todo un hombre". Gauchos y manchegos, huasos y aragoneses, llaneros y castellanos, mejicanos y catalanes, nicaragüenses y andaluces—unos más graves y estoicos, más dados otros a las artes del próspero vivir—, en el alma de todos se yergue, para bien y para mal, la entereza, la gallardía de la personalidad propia. Que nos lo diga la voz de un ecuatoriano ilustre, el escritor Benjamín Carrión: "España, que nos hizo la visita de las carabelas, hazaña máxima de la stirpe humana, nos dejó la herencia de la cruz y la lengua, la lealtad, el honor y la aventura. España, unidad de variedades, hombría hecha de múltiples hombrías, se abrió las venas caudalosas para enviarnos raudales del hervor de su sangre, en un ímpetu de varonía que supera al de las otras razones

de conquista y civilización.” La salutación del indio del Pichincha que antes leí, ¿hubiera sido posible sin esa estimación de la personalidad humana?

Y luego, dentro de nuestra lengua, en el fondo de este modo de vivir lo personal, la nota perfectiva y radicalizadora: el hábito de sentir y pensar—sin razones discursivas, por la simple virtud conformadora de la lengua y la costumbre—que, en su raíz misma, el ser del hombre trasciende la limitación del mundo visible; que ese mundo nos place, pero no nos satisface; que, para decirlo con palabras de un poeta español, nada, ni siquiera la más empeñada entrega a la acción vital, puede borrar de nuestro ánimo una “noble melancolía de dioses desterrados”. Nostalgia de lo no vivido y siempre esperado, que tanto alienta en el acento último del payador criollo como en el “dolorido sentir” del castellano Garcilaso, y tanto en el cantor creyente de la *Oda a Felipe Ruiz* como en el gran poeta cimarrón de *Residencia en la tierra*. Que otros interpreten como puedan esa radical melancolía: nosotros, cristianos, sabemos bien que en su postrera instancia procede de haber sido hechos a imagen y semejanza de Dios y redimidos por la sangre de Cristo.

Eso somos. Y siendo así, ¿lograremos adquirir los saberes, las técnicas, los hábitos de cooperación y de justicia social que nuestro tiempo exige? ¿Seremos capaces de convertir la diversa unidad de nuestra cultura en eficaz comunidad de acción de nuestros pueblos? ¿Regalaremos a la historia de todos los hombres una tercera salida de Don Quijote; un Don Quijote de la dignidad humana y de la técnica eficaz, que sea a la vez de la Mancha y del Panadés, de las Tierras Calientes y de los Llanos, de la Pampa y de la inmensa Sierra andina? ¿Sabremos hacer, por lo menos, que nuestras vidas individuales sean caminos hacia tan alta empresa? Entre los quehaceres menudos y cotidianos que mañana mismo han de asaltarnos, yo os aseguro, amigos, que esas altas y punzantes interrogaciones, vivas hoy en las mejores almas de España, son la más alta herencia de aquella gavilla de hombres que hoy hace años hincaron sus rodillas y, con su castellano ceceante, dijeron a Dios su gozo, su gratitud y su esperanza sobre una playa de Guanahani.

Pedro Laín Entralgo.
Lista, 11.
MADRID.